

SENTIDO DE LA EXISTENCIA: FERNANDO PESSOA

Andrés Ortiz-Osés
Universidad Deusto-Bilbao

RESUMO

Trata-se de um artigo que aborda o sentido da existência Pessoa como uma abertura radical da alma, isto é, como uma abertura ao mundo da condição humana, protagonizada por Pessoa enquanto interseccionismo simbólico e desassossego iluminado pela arte do imaginário.

ABSTRACT

This article focus on Pessoa's sense of existence; which means a radical opening of the soul. The *anima* opens up to the world, showing the human condition assumed by the poet as a symbolic intercessionism as well as a disquiet enlightened by art and imagination.

Ya en el primer segundo, la muerte es el mundo: pues el mundo equivale a la madre que expulsa y abandona fuera de ella. (Pascal Quignard).

1. EXISTENCIA DEL SENTIDO

Clásicamente el sentido de la existencia se ha supuesto como algo implícito o implicado en ella, lo que no deja de ser un modo idealista de pensar. Pero este idealismo del sentido nunca ha sido compacto, y se ha visto resquebrajado por posiciones críticas o corrosivas, antidealistas o anticlásicas, agnósticas o nihilistas. El *existencialismo* ha representado en nuestra época el último criticismo -la última crisis- del sentido de la existencia, el cual había sido avalado o sostenido tradicionalmente por la religión cristiana en nuestra latitudes. En efecto, la filosofía existencial distorsiona el clásico sentido de la existencia al cuestionar la propia existencia del sentido, lo que incluye un rasgo escéptico y relativista de largo alcance.¹

El largo alcance de la crisis/crítica existencialista llega hasta nuestros días posmodernos, en los que cuestionamos si la existencia tiene sentido y si el sentido obtiene existencia. Porque la existencia tomada existencialmente carecería de sentido, y el sentido tomado esencialmente carecería de existencia. De aquí que en nuestros días la existencia rehuya todo esencialismo, al tiempo que el sentido rehuye todo dogmatismo (en principio). El sentido posmoderno flota entonces en una existencia de carácter líquido o acuático, lo cual no acaba de significar la liquidación del sentido pero sí su licuefacción, debilitamiento o rarefacción. La significación de la Hermenéutica en este contexto estribaría precisamente en tratar de reflotar un tal sentido anegado o ahogado, naufragado o hundido, escamoteado o banalizado.²

La ambivalencia de semejante situación filosófica de un sentido de la existencia desvaído resulta sintomática de nuestra época. Es cierto que a derecha e izquierda se sitúan actitudes que reafirman el sentido hasta el fundamentalismo o integrismo o bien que lo rechazan radical o fanáticamente. Pero el quicio (desquiciado) de nuestra posmodernidad ofrece el espectáculo de un sentido herido o zaherido, desplazado o irrisionado. George Bataille pudo reconvertir el viejo éxtasis religioso del sentido en una especie de "énstasis" profano que celebra ya no lo eterno sino lo temporal, no lo imperecedero sino lo perecedero. Por su parte, M. Yourcenar renuncia al día y su razón clara para acogerse a la noche y su sentido oscuro/oscurificado. Ya J. Genet había hablado de una Divinidad terrible y malvada al fondo de lo real, y el propio J.J.Borges encuentra detrás del Dios clásico a un dios con minúscula. La poesía contemporánea concelebra el mal, el dolor y la muerte como un límite del sentido, así nuestro Blas de Otero, o bien convoca las nupcias rilkeanas entre lo bello y lo terrible, como la cubana M^a Elena Cruz Varela. El propio amor, el archisímbolo del sentido, resulta en Gil de Biedma servidumbre propia y ajena, mientras que la muerte otrora finalmente salvadora por finalizadora se torna en el argentino A.Szpunberg pasajera, aunque no así el desamparo radical del hombre en el mundo. En nombre de todos los demás, A. Camus dejó dicho que si el mundo

tuviera un sentido no escribiría, y Cioran describe directamente el sinsentido de vivir. Pascal Quignard ha expresado el malestar de esta cultura en la visión trágica del amor como fusión imposible de contrarios, mientras que I. Kertesz ha definido la vida como el suicidio mas apropiado.³

Bien es verdad que no debemos ser ingenuos, puesto que estos acentos existenciales de un sentido apocado o abocado al fracaso son eco reciente de las más viejas voces de la humanidad: Buda, Job y Qohelet, los griegos trágicos, la Gnosis, Hamlet y Segismundo, Schopenhauer y Nietzsche... Y, sin embargo, hay hoy un tono sordo que se ha convertido en zumbido del *sinsentido*: así cuando la cristiana W. Weil habla de este mundo como el vaciado de un Dios así humanizado y finitizado, o bien cuando el poscristiano F. Pessoa piensa que la verdad de este mundo es insufrible. Pero con este último autor entramos en toda una literatura: en efecto, el portugués representa como nadie la crisis existencial del sentido desde una perspectiva neopagana. Lo increíble del caso Pessoa es que hasta la fecha se le ha presentado justamente como el máximo exponente de la cuestión crítica del sentido de la existencia, tanto en sus *Poemas* como en su *Libro del desasosiego*, pero no se ha tratado de buscar algún tipo de hilo conductor, respuesta o salida simbólica en su vida y obra, abandonado así al multiculturalismo de sus heterónimos (Reis, Caeiro, Campos, Soares, etc.).⁴

Debemos al filósofo M. Heidegger el haber dirigido la cuestión del sentido de la existencia hacia la Poética, siquiera bajo la pregunta filosófica por el ser, cuyo poema onto-simbólico sería precisamente el Hombre según el autor alemán. Pues bien, se trataría de rescatar filosóficamente el sentido existencial enmarañado en la poesía y su selva de sentimientos y afectos, emociones y estados de ánimo o ánima. Y es que en la poesía se expresan retóricamente nuestros gozos y sufrimientos, el temple de la vida humana y los valores existenciales del hombre en el mundo. El tema capital de la poesía es la confrontación de la vida consigo misma y, por lo tanto, con su cómplice ontológico la muerte, lo que hace del poema la escritura de nuestro devenir y revenir, de nuestro despliegue y repliegue vital, de nuestro paso, pasaje o tránsito por la tierra: del cual ausculta y son-saca el hermeneuta ciertos momentos simbólicos, ciertas fulguraciones, ciertos signos borrosos de un sentido entrevisto por el vate visionario.⁵

2. FERNANDO PESSOA

La personalidad de F. Pessoa (1888-1935) es múltiple y múltiples son sus expresiones en torno al sentido de la existencia. El poeta pretende a través de sus diferentes máscaras

¹ Al respecto A. Camus (*Carnets*), J.P.Sartre (*El ser y la nada*).

² Consúltese al respecto G. Vattimo (*Las aventuras de la diferencia*), así como Z. Bauman (*La posmodernidad*).

³ Al respecto y como muestra Cioran (*Sobre el inconveniente de haber nacido*), así como I. Kertesz (*Diario de la galera*) y P. Quignard (*Vida secreta*).

⁴ Para todo el trasfondo, véase H. Bloom (*¿Dónde se encuentra la sabiduría?*)

⁵ Ver de M. Heidegger *De la experiencia del pensamiento* (Península).

sentirlo todo y atravesarlo vivencialmente todo hasta arribar paradójicamente al descanso en la nada. Todo y nada, por tanto, componen el todo-nada y la nada-todo en cuanto polos extremos que se trata de coimplicar en el lenguaje literario que sirve de mediación. La plural obra pessoana oscila efectivamente entre los contrarios a los que en apariencia yuxtapone meramente, pero ya veremos más abajo que puede hallarse una dialogía o dialéctica recóndita de los opuestos. Estos contrarios u opuestos están representados fundamentalmente por el sentimiento y el pensamiento, la subjetividad y la objetividad, el yo y el principio de realidad. Es verdad que en el *Cancionero*, Pessoa canta que “lo que en mí siente están pensando”, formulando así un intento de síntesis que, sin embargo, se quiebra en un dualismo entre el corazón y la razón: aquel trata de sentir las cosas exentas de raciocinio, esta trata de pensarlo todo para liberarse precisamente de todo. De esta guisa, el sentido extrae y la razón abstrae, el corazón religa y el pensar desliga, oscilando así entre el sensacionismo y la metafísica, el sentir y el inteligir, las cosas y su concepto.⁶

El llamado interseccionismo, cuyo máximo ejemplo es el poema “Lluvia oblicua”, podría considerarse como un intento de coimplicar transversal u oblicuamente los contrarios. En la gran *Oda marítima* cabe advertir la intersección simbólica entre los contrarios, aquí representados por el “yo-en-tierra” (principio de realidad) y el “horizonte marino” como principio de transrealidad. Una cierta dialéctica se establece entre el yo parado o envarado en tierra y el mar-océano que abre a la indefinida evocación de otras cosas y costas, de sueños y ensueños. El yo anclado en tierra se encuentra solitario, definido y recortado en el muelle frente a los navíos que van y vienen portando deseos y nostalgias en medio de un mar móvil y vibrante. De hecho el yo se embarca simbólicamente para soñar aventuras infantiles de piratas y orgías adultas con los marineros, de carácter sadomasoquista y ambivalencia bisexual:

Histeria de las sensaciones
Tan pronto unas, tan pronto otras.⁷

Pero finalmente la dialéctica entre el yo en tierra y su proyección en la mar no logra una síntesis adecuada en esta Oda marítima, ya que el yo real-realista recoge las velas de sus proyecciones marinas y recupera la calma tras la tormenta. Hay que leer el poema más significativo de la obra pessoana –*Tabaquería*– para encontrar una dialéctica de los contrarios mejor resuelta. En este precioso poema el yo poético comparece en su cuarto de estar meditando sobre el misterio de las cosas de afuera y de adentro: su vida vacía y su existencia anihilada. La ventana de su estancia le sirve de punto de mediación entre el afuera, una calle con gente en la que destaca un estanco, y el adentro, un yo perplejo y dividido, acongojado y solitario pero traslúcido:

No soy nada: fracasé en todo.
Hoy estoy vencido, como si supiera la verdad.
Hoy estoy lúcido, como si estuviera a punto de morir.
¿Qué sé yo lo que he de ser, yo, que no sé lo que soy?
El mundo es de quien nace para conquistarlo.
Pero soy, y quizás lo sea siempre, el de la buhardilla,
El que esperó que le abriesen la puerta

Al pie de una pared sin puerta,
Y cantó la canción del Infinito en una gallinero.
Conquistamos el mundo entero antes de levantarnos
De la cama, pero nos levantamos y es opaco.⁸

La anterior confrontación entre yo y el mar, la tierra y lo infinito, se convierte aquí en confrontación entre el yo y lo real, el alma y el mundo. El alma es todo y nada, infinitud, frente a la finitud opaca de lo real y su confinamiento, de modo que el *alma es la surrealidad* que horada la realidad seca y compacta de un modo acuático (se trata de un leit-motiv pessoano). Por eso el alma es traslúcida y sabe la verdad del mundo, la verdad que es la gran mentira de lo real (*la muerte*). Y es que, frente al ser corroído de no-ser, el alma es el transer, todo pero nada, alguien y no algo: persona abierta al infinito en medio de la finitud, lo imposible en medio de lo posible, el extranjero en medio de todos, el que no es en medio de lo que es, el sublime enmascarado:

Pero al menos queda de la amargura de lo que nunca seré
la caligrafía rápida de estos versos,
Pórtico roto hacia lo imposible.
Mas todo esto es extranjero, como todo.
Me conocieron enseguida como quien no era
Cuando quise quitarme la máscara
Estaba pegada a la cara.
Mas voy a escribir esta historia para probar
Que soy sublime: esencia musical de mis versos inútiles.

Así que el alma (humana), como en el mito gnóstico, se encuentra desterrada en esta tierra, ella misma enterrada viva en su infinitud bajo la finitud y lo indefinido. Mas no obstante, se yergue y rebela en medio de su exilio, busca su identidad tras la máscara del mundo y se encuentra sublime en su poesía tanto más valiosa cuanto más inútil. A partir de esta autoasunción del alma, el yo-persona se asoma a la ventana para reconciliarse con los demás en medio de la vida, reconciliación que incluye la aceptación de la muerte, la finitud y la contingencia:

Pero el dueño del estanco se ha acercado
A la puerta y se ha quedado en ella.
Él morirá y yo moriré.
Un hombre entró en el estanco
Y ha salido del estanco: me hizo señas de adiós,
Le grité adiós y el universo
Se me reconstruyó sin ideal ni esperanza
Y el dueño del estanco sonrió.⁹

⁶ Véase de F. Pessoa, *Obra poética*, José Aguilar, Río de Janeiro 1960; sobre F. Pessoa, Revista *Anthropos*, nº 74-75, 1987.

⁷ Véase la Oda marítima en J.L. García Martín, *Fernando Pessoa*, Júcar, Gijón 1983.

⁸ Véase Tabacquería e'n *Ibidem*, pág. 283 ss.

⁹ *Ibidem*.

Al final la confrontación entre el yo, la subjetividad o el alma y el mundo, la realidad o la calle queda remediada a través de un lenguaje de ida y vuelta, lenguaje gestual que me coimplica con la gente y el misterio del fondo (*la muerte*), lenguaje afectivo que sublima en una sonrisa la encerrona del hombre en la existencia.

3. APERTURA

La obra de F. Pessoa y sus heterónimos describe bien la cuestión contemporánea del sentido de la existencia, a través del cuestionamiento existencial del sentido. Precisamente al final de su gran *Libro del desasosiego* se plantea explícitamente una salida al conflicto del sentido humano en el mundo: esta salida es el arte en el sentido de poiesis como recreación y animación:

El arte nos libra de la sordidez de la existencia
A través de la ilusión conscientemente admitida:
Se trata de extraer de algo su esencia.
(*Extrahir de una coisa a sua essencia*).¹⁰

Pero extraer de cada cosa su esencia equivale a interpretar las cosas sonsacando su valor, como dice el poeta en otro lugar. En efecto, no se trata de abstraer la esencia formal de la existencia, como quiere la tradición filosófica desde Aristóteles, sino de extraer o absorber la quintaesencia musical o esencia existencial de la realidad, y ello significa sublimar. Lo sublime se destila cuasi alquímicamente a través de la sublimación de lo subliminal, extrayendo el halo o aura, el perfume o el sabor, ya que “comerse una fruta es conocer su sentido”. Extraer la esencia de la existencia es entonces extraer la esencia como *sentido*, consignificado por el propio Pessoa por el *alma o ánima* que inhabita todas las cosas:

Hay en cada cosa aquello que ella es
Y que la anima.
En el hombre es el alma
Que vive con él y que es él.¹¹

La esencia existencial o sentido es así el alma, la cual se caracteriza por la animación del ser: esta es la *ilusión ontológica* o trascendental que simboliza el alma como principio vital y sentido existencial, alegorizada por la flor de loto que emerge del lodo o por el infinito que abre lo finito liberándolo de su clausura. No deja de resultar irónico que esa apertura infinita o trascendental de lo finito esté signficada paradójicamente por la muerte, ni tampoco que el propio Pessoa tuviera que exhalar su alma –morir– para liberar el sentido profundo de su obra. Obra que es una obra del alma, alma que obra en la obra: muerte que mata la letra y exhala el alma o sentido.

Ha sido precisamente nuestro Antonio Gala quien mejor ha expresado la paradoja de que la *muerte* abre la esperanza:

En tanto que haya muerte habrá esperanza.
 No terminará el alma,
 La muerte es transitoria.
 Sólo la sed perdura.¹²

Si la muerte representa la esperanza es porque la vida no la representa como la muerte, la cual evoca la esperanza de la transfiguración o transustanciación, aunque la sed perdure si alguien dura.

La muerte es así tránsito, el pasaje tan caro a Pessoa, así como la concavidad acogedora del ser. En este último caso nos las habemos con la *madre-muerte* de J. García Nieto:

¿O no será la muerte esa otra madre,
 el revés de tu rostro, madre mía?
 Porque yo he sido amado como nadie;
 En la pérdida de ese amor también se puede
 Descansar y morir.¹³

La pérdida como hallazgo y la muerte como vida: acaso ocurre que todo lo que vemos, como dice Pessoa en su *Fausto*, es otra cosa: símbolos y ecos, sombras e ilusiones, gestos y mareas, analogías. Quizás no dejemos de ser hasta llegar a amar todas las cosas que Dios aún no ha llegado a amar, como dice Carilda Oliver: pues el alma es todas las cosas potencialmente, apetencialmente. Todas las cosas y nada de las cosas: alguien (persona, en portugués *pessoa*). La persona que en Grecia es máscara exterior (*prósopon*) y en el cristianismo alma (*hipóstasis*): el *alma* como relación hipostática o sentido interior, esencia existencial, urdimbre afectiva, sublimación de la materia.

(*Oclusión*) Podríamos concluir a partir de Pessoa afirmando que el sentido de la existencia es simbólico, pues simbólica es la existencia del sentido. El *alma* simbolizaría la existencia de un sentido cuasi musical y el sentido de la existencia como apertura radical.

¹⁰ Véase F. Pessoa, *Libro del desasosiego*, *Seix Barral*, Barcelona 1997, edición de A. Crespo, nº 473; al respecto véase mi libro *El alma de las cosas*, Hiria, San Sebastián 2001.

¹¹ F. Pessoa (Júcar), e.c., pág. 215.

¹² A. Gala, *Poemas de amor*, Planeta, Barcelona 1999.

¹³ José García Nieto, *Antología fundamental*, Club del Libro, Madrid 1997.